



RELATORIA

**club de escritores
de relato breve
biblioteca rafael alberti**

presentacion

En el "Club de Escritores de Relato Breve" pretendemos reunirnos un grupo de adultos, escritores de relato breve, para deleitarnos en el placer de escribir. Buscamos pues, un lugar en el que estimulemos la creatividad planteando ejercicios semanales para poner en práctica todo cuanto hemos aprendido y podamos compartir nuestros relatos con nuestros compañeros.

Para pertenecer al club:

no hay que pagar nada para pertenecer al club

no hay que intervenir forzosamente en los debates

si hay que ser escritor de relato breve

si se lee en alto en las sesiones

sí se escribe, de una forma personal

sí se puede acudir a las reuniones aunque no haya dado tiempo a escribir un relato semanal

sí se busca estar en contacto por medio de nuestro e-mail

Pero sobre todo disfrutaremos del placer de escribir. Te Esperamos.

indice

La última cena del conde Drácula por Enrique Romero.....	3
Genio y figura por Carmen Martí	7
El flogisto por David Mora	9
La leyenda Cheroqui por Ana Gefaell	11
La corea de Sydenham por José Balboa.....	14
Mirada salvaje por Miguel Ángel Frutos	16
Ni hay que menospreciar al destino por Eloísa Suárez	18
La princesa está triste por Enrique Romero.....	21
Las cucarachas por Carmen Martí	23
La senda del sol por David Mora	25
Viejos amigos por Ana Gefaell	26
Puzzles por José Balboa	28
Aurora por Miguel Ángel Frutos	30
Elegir un camino por Eloísa Suárez	33

Todos los cuentos y relatos son propiedad exclusiva de cada autor

la última cena del conde Drácula

Enrique Romero

La luz de la Luna de marzo entra a cuchillo por el ventanuco de una destartada buhardilla de la calle San Roque iluminando un viejo ataúd negro. Cruje la madera de las vigas. El viento de la noche aúlla por las rendijas como ánimas del purgatorio. Una mano huesuda y pálida empuja desde dentro la tapa del féretro que se abre con un gemido de puerta vieja.

El anciano conde se incorpora bostezando y estirando sus entumecidos brazos. Se atusa el canoso cabello y se arregla como puede las arrugas de su polvoriento y desgastada levita. Apartando telarañas se lava la cara en una jofaina de porcelana desportillada. Luego, frente a un espejo vacío, se pasa la lengua por los dientes y colmillos. El hambre aprieta. Se pone la capa y baja a la calle por la estrecha escalera de madera astillada.

La ciudad bulle. Los aromas de la primavera inundan el aire. Entra en el “El Bocho” a tomarse un caldo con jerez.

-Hombre, señor conde, cuanto bueno por aquí. ¿Muy pronto sale hoy, no?- Le dice el barman.-Tengo una sangre encebollá recién hecha, y sin ajo, como a usted le gusta, que quita el sentío. ¿Le pongo una racioncilla?

-Eso ni se pregunta, pero primero ponme un caldito que no estoy muy fino yo hoy. No he pegado ojo en todo el día. Será la jodía primavera que me revuelve las entrañas.

El caldo le entona el cuerpo y después de la sangre se pide una morcillita de Burgos. Con el estomago caliente se levanta y golpea el mármol del mostrador con un billete de diez en la mano.

-¡Ponme un Ciento Tres y cóbrate!

Se ventila la copa de un trago y sale a la noche madrileña. Por la calle del Pez y la Corredera Baja llega hasta los soportales de la plaza de los cines Luna, donde unos vagabundos hablan de sus cosas compartiendo un cartón de Don Simón y unos sobaditos del Spar, ahora regentado por unos chinos.

-Señor conde, eche usted un trago.- le dice Mihail, un ingeniero ucraniano enorme y sonrosado que tiene establecido su domicilio en esos soportales desde hace muchos años. Por educación, no porque le apetezca, bebe del cartón.

-Esto sienta bien, que está la noche fría. Por cierto: ¿No irá usted por un casual para la zona de la Plaza Mayor?

-Pues sí, tengo que pasar por allí.

-Estupendo, si no le importa me voy con usted. Es que quiero ver a unos colegas que paran por Cuchilleros.

El ingeniero se agarra del brazo del conde y echan a andar. Es ciego de cuando Chernobyl. Se quemó la cara y la tiene como un mapa, surcada de enormes cicatrices.

-Vamos pues, pero tengo que pasar por el Tu y Yo a liquidar deudas con Ahmed.
-Muy bien-contesta Mihail-Así echamos un vistazo al género-añade riendo su gracia.

Suben por Desengaño y bajan por Ballesta hasta el antro que a esas horas hierve de actividad.

-Hombre, a quien tenemos por aquí, el conde y la compañía-Les saluda Ahmed efusivo- Lili, ponles un güisquito a los señores.

Lili, con los pechos al aire, les sirve dos vasos de tubo de la botella del Dyk. Sobre su pecho izquierdo un tatuaje reza "Yo también prefiero Sanders".

-Siempre me ha gustado más tu pecho izquierdo que el derecho-dice el conde con cortesía.

-Ya ve usted, que tendrá el uno más que el otro.-contesta Lili meneándolos con gracia.

-Déjame tocarlos- dice el ciego mientras tantea con las manos buscándolos- es para poder compararlos.

-Quieto parao, que esto es un topless-bar, pero el magreo no está incluido en la copa resalao-dice Lili sujetándole las manos- Ahora te pongo unos cacahuets para que te entretengas.

-Es que mis manos son mis ojos. Y si todos miran de gratis, pues digo yo que tendré que tener derecho de tocar, ¿no? A ver si los munipas os van a tener que cerrar el local por discriminar a los minusválidos.

-Nos ha jodío, no es listo ni ná el ingeniero.- Dice Lili y todos ríen.

El conde le entrega discretamente a Ahmed unos billetes doblados.

-Lo prometido es deuda, ahí va lo que te debo-. Ahmed los guarda sin contarlos.

-Si ya sé que usted es hombre de palabra. Bueno señores, si pasan por Montera díganle a mi primo que le estoy esperando.

El conde y el ucraniano salen del Tu y Yo ya un poco tocados por la mano del Dios de los étlicos. Por no bajar escaleras, y sobre todo por no oír los gritos de la Diva, una mujer medio loca que pernocta en el paso subterráneo de la Red de San Luis y con la que el conde tonteó en alguna ocasión, cruzan la Gran Vía por arriba a la carrera dando tumbos y esquivando taxis que pitan como demonios.

En los recreativos de Montera buscan al primo de Ahmed pero nadie les da razón de él. Le dan el recado a Walter Jesús, el encargado, un ecuatoriano sonriente que les invita a un carajillo muy cargado, en vaso de plástico y hecho con el peor coñac del mundo.

Cuando salen Montera abajo ya van visiblemente cocidos. Se tambalean y saludan a diestro y siniestro a prostitutas y chulos. En un descuido el ciego se estampa los morros contra una señal de tráfico y ambos, la señal y él caen al suelo con estrépito.

-¡Lo siento, lo siento!- dice el conde intentando levantarlo- Me he despistado saludando a estas señoritas.

-Me cagó en todo lo que se menea- maldice el ucraniano buscando a tientas su bastón y sangrando como un gorrino por una ceja.-¡Y encima se me han caído los putos cacahuets!.

Dos brasileñas le ayudan a levantarse, y el hombre aprovecha para tantear el terreno femenino. Lo meten a un portal, donde a duras penas le limpian la sangre con unos clínex. Luego, en agradecimiento, las invitan a unos pacharanes, y en esas estaban cuando entra en el bar hecho una fiera el chulo de las chicas, un colombiano hijo de puta de labio leporino y la emprende a empujones e insultos con ellas.

-¡Oiga, caballero, haga el favor de tratar con respeto a esta pareja de buenas samaritanas!-Le increpa el conde enarbolando su bastón de puño de plata. El chulo saca a orear una navaja automática y su diente de oro brilla amenazador presagiando tragedias. Una de las brasileñas le estampa la botella de pacharán contra la cabeza y cae a plomo cuan largo es. Se oyen las sirenas de la policía y salen todos por patas hacia la Puerta del Sol, la cruzan y se meten en el Burguer King de la calle Esparteros que a esas horas está casi vacío. Bajan a la planta sótano y se sientan en una mesa. Una de las chicas entra en el servicio con Mihail y le limpia la cara con papel de váter mojado. La otra sube a por unos Hapymiles y cervezas.

En un rincón una pareja de chinos se mete mano y en otro un yonki se mete un chino. Se comen las hamburguesas, las patatas, los petisuis, los actimeles y rien comentando la movida y jugando con los regalitos.

Luego, Mihail, con un trozo de papel de váter pegado en la ceja se arranca a cantar lánguidamente con voz de tenor viejas canciones de la guerra de España.

-“Aunque nos quiten el puente y también la pasarela me verás pasar el Ebro en un barquito de vela...”.

Su padre estuvo con las brigadas internacionales en Belchite y dejó al marcharse un hijo en el vientre de una preciosa maña de la CNT. La búsqueda de ese hermano perdido fue la excusa que le trajo a España al poco de quedarse ciego pero no lo consiguió encontrar. Por su parte el conde vino huyendo de la miseria, como tantos rumanos, al haberse arruinado y haber visto como su castillo era subastado y adquirido por la Disney tras la llegada del capitalismo a su país.

La nostalgia se adueña de la situación. Una de las brasileñas apoya su cabeza en el hombro del conde. La visión de su precioso y largo cuello en el que se adivina el latido de la yugular excita al anciano que como quien no quiere la cosa besa ese cuello de cisne y un raudal de adrenalina le ciega. Con delicadeza hunde los colmillos sin que ella sienta dolor alguno y bebe del preciado fluido vital que mana generosamente. Ella no lo nota. Cree que son mordisquitos de amor y poco a poco, dulcemente, se desvanece en un profundo sueño.

Mientras tanto, el yonki, que era cura en la Rosilla hasta que se enganchó al crack, está casando a Mihail con la otra brasileña. Matrimonio de conveniencia. A ambos les conviene. A ella para tener papeles comunitarios y poder vivir en el lado bueno del mundo. A él para tener una mujer hermosa que le alivie las heridas de la vida.

Farfulla latinajos mientras les bendice con la mano con la que sostiene el papel de plata todavía humeante. Luego se marchan los recién casados de luna de miel al polígono

Cobo Calleja en la carretera de Toledo, donde la chica tiene unas amigas en un club de carretera que les darán cobijo.

En un arranque de romanticismo el conde le pide al cura yonki que le case también a él con la otra brasileña in artículo mortis. Durante la ceremonia se quita de uno de sus dedos una valiosa y ancestral sortija con el escudo de armas de su noble familia y lo pone en el anular de la chica que sigue inconsciente. Luego sale a la calle y subiendo por Postas un hombre con gabardina, de la ancestral Liga Anti-vampírica Internacional, se le echa encima, le derriba y sacando una estaca afilada se la clava en el pecho al grito de “¡Vade retro Satanás!”. El conde queda tendido en el suelo. Un último pensamiento de paz recorre su mente. En el fondo deseaba que llegara este momento. Ya estaba cansado de vivir siempre con miedo, huyendo de sus innumerables perseguidores. La inmortalidad es demasiado larga, y puestos a morir qué mejor que hacerlo en esta maravillosa y enloquecida ciudad.

Así se hizo...la última cena del conde Drácula

Inicialmente comencé a escribirlo como un relato de terror, pero al ubicarlo en el centro de Madrid, en una de las zonas más pobladas de vagabundos y prostitutas, de garitos y personajes pintorescos, el relato derivó por otros derroteros y se convirtió en una especie de “Road Movie” por los bajos fondos de las calles Desengaño, Ballesta, Montera, etc., en la que el Conde y el ciego recorren la noche madrileña y van cargándose de alcohol y de locura. Uno siempre termina volviendo a los lugares que conoció y yo conocí ese mundo peculiar de forma tangencial ya que trabajé durante años en una oficina en la calle Desengaño esquina Barco. Es curioso como la personalidad del entorno invade la de los personajes dándoles una nueva e inesperada dimensión.

- Siéntese Ud. buen hombre me dice”. ¡Qué se habrá creído el niño esto! Seguro que ni siquiera sabe hacer la O con un canuto. Claro, si no me dejara vestir por mi hija... Ella siempre va con pantalones vaqueros y ropa de esa de uniforme como llevan todos: las mismas zapatillas, los mismos vaqueros, camisas de cuadros idénticas. Que es más cómodo papá, me dice, pero parece ropa impersonal de fábrica globalizada y nada más. Su madre siempre me llevaba como un pincel. En mi armario tenía un príncipe de Gales, un diplomático, un ojo de perdiz, una chaqueta blazer azul marino, otra camel, una de cheviot. Ella me compraba las camisas más bonitas; las corbatas eran el único toque extravagante de mi elegancia. En el periódico siempre guardaba una camisa y una corbata de repuesto por si surgía hacer una entrevista a alguien importante. ¡Buen hombre! ¡Un señor he sido yo toda la vida! Lo que no será nunca el mequetrefe este. Me da miedo ir de pie en los autobuses por si frenan bruscamente y me caigo ¡Qué vergüenza! Ya me ha costado aceptar llevar gayata... ¿para qué? No va a impedir la caída y si intento defenderme de un atraco, lo mismo me dan con ella.

Es una ilusión o me está sonriendo la muchachita morena. Vaya, ¡qué guapa es! ¡Me entra un gusanillo piernas arriba! No viene a sentarse a mi lado pero me sigue sonriendo. Igual es que ya se va a bajar. ¿Y si me bajo yo también y la invito a un café? Isabel esperará y llegará tarde pero ella no me alborota el marcapasos y esta moza sí.

- ¿Quiere que le ayude a bajar Señor?

- No gracias guapa - no puedo aceptar su ayuda, pensará que soy un viejo inútil.

- Si va a cruzar la Castellana puede apoyarse en mi brazo, Señor.

- No, mejor te coges tú del mío bonita.

¡Caray! ¡Cómo me mira! ¡Y sigue sonriéndome! Me va a estallar el corazón.

- No, gracias señor. Pero ha sido un placer verle.

¿Me lo invento o está al borde del llanto?

- ¡Se parece Ud. tanto a mi abuelo! Yo le quería mucho. Murió la semana pasada.

¿Me permite que le dé un beso?

Me ha dejado sin habla, petrificado, sin saber qué responder, qué decir, con ese beso marcado en mi mejilla, el marcapasos alocado, un sudor frío bajando por la espina dorsal, como si me hubiesen dado con la gayata en la cabeza y una puñalada en el corazón. ¡Iluso! ¡ERES un abuelo! Debía entermecerte la situación. Y la pobre Isabel que estará esperando en “Manila” para que la invites a merendar. Ella comparte tu soledad y te comprende, siempre dispuesta a atender tu llamada ¿Qué más quieres? El sol se ha escondido detrás de los rascacielos para llorar conmigo. Los árboles del paseo se han vestido de gris, como la vejez, la soledad, el desencanto.

- Señor, ¿está Ud. bien? ¿Necesita ayuda?

¿Dónde estaba? ¡Qué voz tan bonita! Le sonrío.

- ¡Gracias señora! Un ligero mareo nada más.

No es muy joven pero está de muy buen ver.

- Si me acerca Ud. a la cafetería de enfrente la invito a un café.

Así se hizo...genio y figura

GENIO Y FIGURA nace de una anécdota que le ocurrió a un buen amigo mío y que recuerdo siempre que alguien (cada vez menos gente) me ofrece su asiento en el bus o en el metro. Hace poco realicé un viaje a Brasil donde los “idosos” (gente mayor) tienen preferencia en los transportes y en cualquier cola para obtener una entrada o un pase. Hay carteles en todas partes pidiendo a los viajeros y demás gente que faciliten la vida a los mayores, los incapacitados y las embarazadas o madres con “criansas” (niños). En el metro lo recuerda un altavoz a cada rato. La consideración hacia los mayores es ejemplar. ¡Qué pena que en los países DESARROLLADOS se hayan perdido esos valores. Tendré que escribir otro cuento.

Blas llega al ambulatorio y tras esperar media hora frente a la consulta del doctor Ramírez entra.

-Hola buenas tardes doctor, vengo a que me de los resultados de la analítica que me hice la semana pasada.

- A ver... sí, aquí los tengo.

El doctor Ramírez echa una hojeada y dice:

- Todo perfecto exceptuando una cosa.

- Sí, dígame doctor.

Se trata del flogisto; lo tiene usted muy alto.

¿Y eso es grave?

-Hombre grave..., va a tener que hacer dieta, ya sabe nada de verdura y a comer mucho cerdo. Que eso alimenta.

-¿Está usted seguro, doctor?

-¿Me está contradiciendo? ¿Quién es el médico aquí, usted o yo?

-No, claro usted. Pero..., eso de comer mucho cerdo..., la verdad, no lo entiendo.

-Y eso que importa. Procure comer mucha grasa, y beber mucho. Mire según sale de aquí, se mete en el primer bar que vea y se pide un Whisky con hielos.

-Así lo haré doctor.

-Por cierto se me olvidaba, dróguese usted todo lo que pueda. Y ahora hay unas chicas... ¡Que chicas!...

-¿Me está tomando el pelo doctor?

-¿Tengo aspecto de estarle tomando el pelo?

No la verdad es que habla usted muy serio y eso es lo que me asusta.

-¿Asustarse? No diga tonterías.

-¿Se encuentra usted bien?

-No la verdad es que no. No sabía como decirle que se está muriendo. Y no me refiero a como lo hago yo, o mi perro, poco a poco. A usted le quedan dos meses vida.

-¿Y cómo se lo digo yo a mí mujer?

- Ese no es mi problema. Ahora por favor salga de aquí y diga al siguiente que pase.

-Pero si yo solo me he hecho los análisis para ver como tenía el colesterol.

-¿El colesterol? Eso está muy bien no se preocupe, esta dentro del límite.

- A bueno, menos mal.

-Ahora por favor deje pasar al siguiente.

-Doctor en serio ¿me estoy muriendo?

-¡Hay que pesado! Sí ya le he dicho que se está usted muriendo.

-¿Y me lo dice usted así? ¿Y que hago yo ahora?

- ¡Y a mí que me importa! Por favor deje pasar al siguiente.

-Si ya me voy y disculpe.

De camino a su casa va pensando como se lo va a decir a su mujer y a sus hijos.

-Margarita seguro que llora. No sé se si lo superara algún día.

-¿Margarita estás ahí?

-Blas estoy en el baño ahora salgo.

Un poco después sale la mujer. Blas se dirige hacia ella y comienza:

-Cariño tengo que contarte algo; tengo una noticia buena y una mala. La buena es que el colesterol lo tengo bien. La mala es que tengo el flogisto por las nubes y tengo que hacer dieta.

-¿Cómo que dieta? de dieta nada ¡Eso es de liberales!

-Me ha dicho el doctor que coma mucha grasa y que beba mucho alcohol

-¿Hablas en serio?

No, la verdad es que no. La noticia mala, es que me voy a morir. Me quedan dos meses de vida.

-¿Qué te vas a morir?, ¿Y ahora que hago yo viuda y con siete hijos?, ¡Hay dios mío!

- No yo llores mujer, y no te preocupes. He dejado unos ahorros para que no os falte de nada.

-¿Sí? ¿Cuánto?

-No sé, treinta o cuarenta mil euros.

- Bueno del colesterol ¿estás bien? ¿no?

- Sí, pero..., ¡Margarita que me muero!

- Ya lo sé hijo ¿y que le vamos a hacer? Pero no te apures que ahora mismo bajo al mercado y te compro una latita de callos y un par de botellas de vino.

Así se hizo...el flogisto

El motivo de mi relato empieza con mi compañera de curro. Tenía que ir al médico y está embarazada. Se había echo la prueba de la curva, para ver si era diabética. Y ese día la llamaron para ir al endocrino. De ahí me vino la idea de la dieta. Y lo que sigue se me ocurrió en el parque. Cómo tenía que ser un relato absurdo, pensé en una dieta que fuera contraria a la que todos tenemos en mente. Una inversión de valores, pero viendo que por ahí no tenía fácil salida me inventé lo de la muerte. Quedaba bien, Y no sé, pegaba. Me parecía una actitud sensata, para un médico moderno. Con los pies en la tierra y con el carpe diem como principio fundamental en la vida. De ahí que pensé: bueno, si te vas a morir, pásatelo bien. Vive de prisa y deja un bonito cadáver. Como decían en los 60 los jipis. Ahora ya un poquito más cuerdos y con el royo de la salud, el cuidado de sí y todo eso tan de moda, pensé, que cojones le importa el colesterol, a alguien que si o sí se va morir en seguida. Lo de la mujer se me ocurrió como forma de completar el relato. No sé, quedaba bien una mujer que fuera buena esposa, pero que a la vez fuera una interesada. Creo que le daba un puntito más negro. Lo que más me costó, como siempre, fue articular las frases y por supuesto la puntuación.

la leyenda Cherokee

Ana Gefaell

Cuenta la leyenda que todo muchacho Indio debe pasar por un sencillo ritual de iniciación, este ritual consiste en pasar una noche en el bosque sentado en el tronco de un árbol. Después de esa noche el niño se convierte en un hombre. Y nunca podrá hablar a nadie de esta experiencia.

Sha-ma, que así se llamaba el hijo del gran jefe, soñaba con aquel futuro. Se preguntaba cómo sería esa prueba, cuál sería el misterio que encerraba y por qué, en una sola noche, un niño dejaba de ser niño y se convertía en ser un adulto.

Al acercarse el día en que cumpliría los catorce años su padre le llamó a parte para conversar a solas con él.

Mira Sha-ma- comenzó- como sabes en nuestro pueblo a los catorce años los muchachos entráis a formar parte de los guerreros. Antes debes de pasar una prueba. Al atardecer te dejaré en el bosque, sentado en el tronco de un árbol que yo elegiré. Debes permanecer sentado con los ojos vendados hasta el amanecer. Sólo, cuando los rayos de la aurora te encuentren, podrás quitarte la venda de los ojos.

Sha-ma asintió con la cabeza, palpaba el temor en las palabras de su padre y quiso animarle.

No temas Padre, no abandonaré. Pasaré esta prueba pase lo que pase.

El corazón de Sha-ma estaba lleno de dudas, la inocencia le impedía alcanzar a ver la profundidad del reto, aún así, intuía que debía encerrar en si mismo una razón que él no acertaba a imaginar. Pero no preguntó.

Al atardecer del día señalado padre e hijo se adentraron en el bosque. Sha-ma se sentó sobre el tronco del árbol con las manos a ambos lados y su padre le ató la venda sobre los ojos, de manera que el muchacho no podía ver nada.

Al principio Sha-ma adoptó un aire animado y decidió entretenerse imaginando la futura vida que le esperaba. Montado sobre un corcel, galopaba con los guerreros en busca de nuevas tierras y alimentos. Se imaginaba como un digno hijo de su padre, un flamante guerrero, capaz de capturar corpulentas presas con soltura. Soñaba con ser aclamado por su valentía al llegar ufano a la tribu.

Pronto la noche trajo consigo las inclemencias del tiempo, la suave brisa del atardecer se tornó viento. Sha-ma sintió el fresco aroma de la tierra, echo de menos el calor de su manta, el cobijo de la tienda y la compañía de sus padres. Sintió un leve escalofrío en el cuerpo y el bello de sus brazos se erizó. El viento continuó soplando. Sha-ma podía distinguir el sonido de las ramas de los árboles que se balanceaban, cuajadas de hojas que de vez en cuando caían sobre sus desnudas piernas.

Al momento un fuerte chasquido le hizo alzar instintivamente la cabeza, como si pudiera calcular el romperse de una rama que cayera tras de él, Sha-ma arqueó su delgado cuerpo hacia delante, esquivándola. La rama cayó al suelo y produjo un sonido que Sha-ma reconoció, seco y contundente.

¡UF! No me ha dado- pensó.

Entonces tomo conciencia de su realidad. ¿Cómo voy a protegerme?. ¿Y si viene alguien y me hace daño?¿ y si me ataca alguna fiera?.

Sha-ma sintió miedo. Amenazado por su propio yo comenzó a escuchar ruidos extraños, incapaz de distinguirlos con claridad volvía inquieto su cabeza a un lado y a otro. Sintió el

clamor del búho suspendido en la rama de un árbol, al acecho, y las aves de rapiña, dispuestas a devorarlo. Distinguió el aullar de los lobos, y su silencio.

El corazón de Sha-ma latía con fuerza. Presa del miedo, Sha-ma percibió el sonido de las hojas de los árboles bajo sus pies, encogiéndose como pudo temió ser mordido por una gran serpiente que avanzando con sigilo podía erguirle de un solo bocado. El corazón de Sha-má latía con mayor fuerza aún, retumbando como los tambores que anuncian la guerra.

Y vio luces, destellos deslumbrantes y otras más tenues que aparecían al improviso. Su miedo fue creciendo de tal modo, que Sha-ma tuvo que amarrarse al tronco con todas sus fuerzas.

Su mente le decía: ¡vetel!, su cuerpo se aferraba aún con más fuerza a la corteza, deseando hacerse uno con ella.

- He dado mi palabra- se dijo en un alarde de valor.

La noche se hizo silencio y el silencio oscuridad.

De improviso, se sintió olisqueado por un animal y sospechó que era el lobo. El muchacho se agarró con fuerza al tronco. La áspera corteza raspó las yemas de sus manos, produciéndole sangre. Sha-ma sintió un dolor punzante en una uña, por una astilla que se le había clavado. Tuvo ganas de gritar: ¡Papá!. Pero cuerpo y mente quedaron bloqueados. Permaneciendo así, inmóvil.

Cuando sintió que el animal se hubo marchado, reparó en la orina que resbalaba por su cuerpo. Aquel calor mojado, pronto dio paso a un frío intenso.

El cansancio se fue apoderando del muchacho, que se mantuvo alerta toda la noche. Recordó sus días de juegos, a sus amigos, a su madre y sobre todo a su padre.

Recordó el temor en las palabras de su padre y sintió lástima por no haber sido lo suficientemente honesto como para preguntarle por sus miedos.

Y así le sorprendió el amanecer. Lloroso, presa del miedo, cansado, temblando de frío, cubierto de orina, con el cuerpo agarrotado y las manos doloridas y ensangrentadas.

Como pudo, apenas ya sin fuerzas, se quitó la venda que cubría sus ojos. Entonces le vio.

Su padre estaba allí. Sentado. Sus manos descansaban pacientes sobre sus piernas entrecruzadas. Su semblante sereno dibujaba en sus labios una sonrisa.

Su padre había permanecido a su lado toda la noche.

Sha-ma se abrazó a su padre mientras dejaba que las lágrimas corrieran libres por sus mejillas. Se dejó rodear por el entrañable calor de su ternura. Y así, asido al robusto cuerpo de su padre, apreció la verdadera razón de aquella prueba.

Así se hizo...la leyenda Cheroqui

La verdad es que, aunque muchos escritores dicen que las ideas surgen en la vida cotidiana, yo navego por Internet en busca de ideas nuevas. Me meto en leyendas, ritos de iniciación, cuentos de las diferentes culturas... y, a veces, como en este caso, encuentro tema para escribir un relato.

Quise ponerme en la piel de un niño que tuviera que pasar el duro trago de estos ritos de iniciación, que en principio y así contados no parecen excesivamente ofensivos.

Muchas culturas conservan estas prácticas, que indudablemente dejan una huella en el alma de quien las acomete.

Saldaña de Ebro, 23 de Octubre de 1907

Querido hijo, ¿Qué tal va todo por la Argentina?, sabemos que es extraño que te escribamos en estas fechas pero queríamos aprovechar que un fotógrafo estuvo de paso por el pueblo para enviarte una foto nuestra. Es posible que te resulte un poco distinta la cara de tu madre pero, como ya sabes, últimamente su mal de San Vito ha ido a peor y fue imposible que estuviera quieta el tiempo suficiente para que el fotógrafo pudiera tomar la foto así que Indalencia, la vecina de al lado ¿recuerdas?, se prestó a maquillarse y peinarse como tu madre para la foto, creo que el parecido es realmente asombroso pero he preferido advertírtelo. Recibe un fuerte abrazo de tus padres.

Saldaña de Ebro, 12 de Enero de 1908

Querido Pablo, hoy ha vuelto a pasar el mismo fotógrafo por el pueblo y hemos decidido volver a aprovechar la ocasión, lamentablemente esta vez era tu padre el que no se encontraba bien, el miércoles se cayó por las escaleras y aún no se le ha bajado el moratón de la cara. Por suerte la Indalencia volvió a prestarse para la foto aunque costó bastante que se pareciera a tu padre ya que últimamente ha cogido unos kilos y decidimos sacar la foto sólo de cintura para arriba. Espero que te guste la foto y te recuerde tanto a nosotros como nosotros nos acordamos de ti. Recibe un abrazo enorme de tus padres, que te quieren.

Saldaña de Ebro, 18 de Marzo de 1912

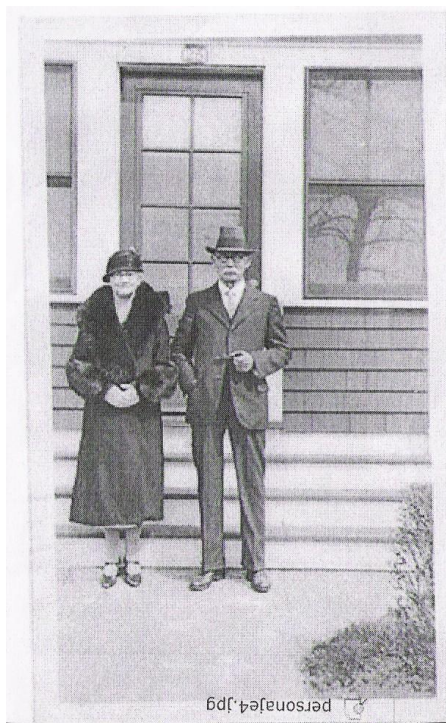
Querido hijo, se que te extrañará ver a tu madre tan joven en la foto pero es que no he logrado encontrarla esta mañana cuando el fotógrafo pasó por aquí. Como esta vez llevaba mucha prisa sólo pude pillar a uno de los hijos pequeños de Indalencia, ponerle un viejo sombrero de tu madre y subirle a unas cajas, espero que no te importe. Un beso enorme de tus padres.

Saldaña de Ebro, 20 de Julio de 1915

Estimado Pablo, quizá ya no me recuerdes porque hace muchos años te fuiste del pueblo, soy la Indalencia, la que te daba caramelos de toffe los domingos después de misa. Aunque quizás ya lo sepas por tus hermanas, tus padres han tenido que ingresar en una residencia dada su edad y su estado de salud pero me pidieron que te mandase una foto suya en cuanto pasara el fotógrafo por el pueblo de modo que aquí la tienes. De tu padre hace mi chico mayor, aunque he decidido no ponerle bigote porque creo que queda mejor así. Yo, como casi siempre, hago de tu madre, creo que te sorprenderá el parecido, los últimos meses he seguido una dieta para parecerme algo más a ella. Recibe un cordial saludo de tu vecina

PD. Tu madre me ha dejado encargada de seguir mandándote las fotos así que no te preocupes porque a mi hijo mediano ya le he dicho que se empiece a dejar bigote.

Así se hizo...la corea de Sydenham



La que aparece a la izquierda es la foto que debía inspirar el relato que nos propusimos como ejercicio. Al principio se me antojó bastante difícil ya que en realidad no están haciendo nada en la foto, de hecho están muy quietos, demasiado...de ahí me vino la imagen de las fotos del viejo oeste con todos aquellos bandidos, indios, vaqueros...tan puestos, tan perfectos en las fotos, tan posando por así decirlo. Todo eso lo uní a algunas historias que había oído de los principios de la fotografía cuando era necesario estar un buen rato quietos para que la película fotográfica se impresionara de modo que había que permanecer con la pose durante un tiempo (esto se remonta a los principios de la fotografía aunque yo ambienté la historia a principios del siglo XX cuando ya existía cine así que las fechas no están muy documentadas, lo siento).

De esa imagen de la gente posando durante varios minutos en posiciones poco naturales surgió la semilla del relato: una persona que no puede salir e la foto por padecer el mal de San Vito (uno de cuyos nombres científicos es la corea de Sydenham, de ahí el título, que tuve

que buscar por Internet, que yo no valgo para médico). A partir de ahí pensé en la estructura que podría tener el cuento y recordé esa especie de subgénero que son las cartas cruzadas y en especial un cuento de Woody Allen en el que dos hombres se cartean para jugar una partida de ajedrez en la que ambos no paran de hacer trampas y cuyo tono pasa de la mutua camaradería a un tono realmente agresivo.

Y con esa trama y esa estructura es con la que me puse a escribir directamente sobre una serie de cartas y fotos que unos padres envían a su hijo. Al principio el número de cartas era mucho mayor y con un montón de ideas peregrinas para poder mandar la famosa foto a su hijo pero al final decidí acortarlo para que tuviera más ritmo y terminarlo cuando entra en acción la vecina ya que, sinceramente, una vez metido en la vorágine de las cartas no sabía ponerles un punto final.

Espero haber acertado en el lugar a cortar.

Lanus era un buen perro. Su lomo negro estaba salpicado de cabellos grises, casi azulados, que revelaban su origen mestizo. Mitad perro mitad lobo, fue hallado por su dueño hacía seis años, lamiendo la sangre de su madre muerta entre las fauces de un cepo oxidado. Pascal era pastor, poseía una granja de gallinas y cultivaba una pequeña extensión de cereales, así que lo tomó como guardián de sus humildes posesiones.

Lanus había pasado el día corriendo alrededor de la granja, persiguiendo conejos, ladrando al heno mecido al viento, oliendo las ranas que quedaban petrificadas con su aliento e intentando inútilmente atrapar grillos con sus patas delanteras. Tras estas intensas emociones descansaba, capturando en sus pelos los últimos rayos de un sol que se ahogaba entre pinos y olor a resina. Permanecía tumbado como una esfinge en lo alto de la colina que dominaba el valle, tenía la mirada perdida en el infinito y la lengua fuera, en esa especie de sonrisa perruna que convierte al animal en amigo del hombre.

El frío de la noche despertó a Lanus. Tras estirarse fue con animado trotecillo hasta la granja de Pascal, a ver si le había dejado alguna sobra para cenar. Debía haber dormido más de lo que pensaba ya que, cuando llegó a la puerta, sólo encontró a cuatro gatos que hacían sobremesa junto a su plato. Los espantó con varios ladridos y carreras que acabaron en nada.

La perspectiva de la noche se presentaba difícil con el estómago vacío. Ni sus ladridos ni el arañar de sus patas sacaron a Pascal de su profundo sueño de campesino. Anduvo un buen rato entre los montones de leña, alrededor de la basura, incluso dentro del cubo, pero no halló que llevarse a la boca. Con más hambre que sueño se hizo un ovillo en su cesta y miró a las estrellas con resignación.

De nuevo despertó sin tener noción de haberse dormido. Rápidamente se puso en alerta. Había oído ruidos en el corral y eso no era bueno. Corrió hacia allí y vio una manada de lobos grises comiéndose a las aves. Los seis lobos le oyeron llegar y, aunque Lanus les ladró y gruñó, sus miradas salvajes le paralizaron, le hipnotizaron. La hembra dominante del grupo tomó la iniciativa, cogió con sus dientes a una gallina muerta y abandonó el corral con cautelosa lentitud. El resto del grupo hizo lo mismo. Lanus los contempló con una mezcla de miedo y curiosidad. Una vez fuera del corral empezaron a correr en dirección a la montaña para dar cuenta de su botín. Lanus los siguió con la mirada.

Volvió a la granja de Pascal y ladró para alertarle, pero su dueño no parecía oírle. Se fue tranquilizando después de la intensa experiencia. El instinto guió sus pasos hacia la sangre. Estaba fresca y tenía hambre, así que el lobo que llevaba dentro le hizo comer, primero tímidamente y luego con apetito voraz.

Pasadas unas horas Pascal se levantó. Salió a la noche con su lámpara encendida y no tardó en encontrar a Lanus dormido entre sus gallinas muertas. El perro se incorporó de un salto y fue hacia él, reconfortado al fin por su presencia; pero sólo recibió una patada en el costado.

Entre gritos y blasfemias, Pascal culpaba a Lanus de aquella matanza. Continuó pegando al animal, que volvía una y otra vez a su amo sin entender por qué le agredía.

El perro aullaba de dolor, tenía el rabo entre las piernas y la mirada horrorizada. Al final, Pascal se cansó de pegarle y le dejó en el suelo lamiendo sus heridas. Se fue hasta un rincón donde guardaba su escopeta y, con la mente llena de odio, introdujo los cartuchos. Lanus le siguió con la mirada. Sabía qué iba a pasar. Pascal, con la escopeta cargada, se dio la vuelta para acabar con el perro, pero se encontró con el lobo. Lanus aulló, al principio en tono bajo y con el hocico pegado al suelo. El sonido continuó ascendiendo a la vez que lo hacía su cabeza. Lanzó su mirada salvaje a Pascal, que se detuvo presa del miedo. Ya no era su dueño, sólo un humano asustado, así que salió del corral como lo había hecho la loba, despacio y con una gallina entre los dientes.

Así se hizo...mirada salvaje

Este cuento surgió como un ejercicio de un taller de escritura en el que debíamos, tras contemplar una fotografía de nuestro pasado y ver que sensaciones nos evocaba, tratar de plasmar dichas sensaciones en un relato. Escogí una foto mía de niño un verano en la ribera de un río. Viéndola creí sentir la naturaleza salvaje en las plantas que me rodeaban y en el río cercano. Pero inconscientemente ignoré una sensación de nostalgia hacia ese niño provocada por recuerdos amargos de acontecimientos posteriores. Con ese ánimo inconsciente escribí el relato tratando de reflejar el poder de la naturaleza salvaje. Una vez leído el cuento en el taller mis compañeros debían sentir, si lo había hecho bien, las sensaciones que yo había querido transmitir. Para mi sorpresa en vez del poder de la naturaleza y sentirse salvaje mis compañeros sintieron al escucharlo injusticia, crueldad, incomprensión.

Horas más tarde comenté lo sucedido con Cristina, mi novia, y leyó el cuento. Ella, conocedora de mi pasado, vio enseguida la relación entre el relato y las vivencias que le había contado varias veces. En ese momento recordé de forma vívida la sensación de nostalgia previa y me di cuenta que en realidad había hecho el ejercicio correctamente. Había plasmado la sensación, no la que yo pensé que quería reflejar, sino la que en realidad me produjo la foto de mi infancia y el recuerdo de acontecimientos posteriores.

Tras contemplar maravillado que en lugar de contar la vida de Lanus estaba contando sin darme cuenta episodios de la mía, me pregunté si en realidad escribimos lo que pensamos o lo que sentimos.

- ¡Ya no puedo más! ¡Esto se ha terminado!

Elena llevaba algún tiempo sumida en una depresión. Al principio pudo hacer, más o menos, la vida normal pero ahora llevaba tres meses sin ir a trabajar y se pasaba casi todo el día en la cama. La noche anterior habían tenido una gran bronca. Ella esperó despierta a que llegase. Bueno, despierta quiere decir que no se atiborró de pastillas para dormir.

Hacía mucho tiempo que su marido le ignoraba; no sabía cómo habían llegado a esta situación pero lo cierto es que, una vez pasados los diez primeros años de matrimonio, todo empezó a enfriarse. Ella creía que su imposibilidad para tener hijos había contribuido a este distanciamiento.

Ambos tenían un buen trabajo, que sabían combinar con su vida en común, y su relación hasta entonces había sido muy satisfactoria. Pero él empezó a llegar tarde a casa; a recibir mensajes raros en el teléfono que le hacían salir de casa a horas intempestivas, que él justificaba por temas de trabajo. Ella sospechaba que existía otra mujer, a lo que su marido le contestaba, simplemente, que estaba loca y que no veía nada más que fantasmas. Pero más tarde todo se confirmó, al presentarse ella de improviso en el hotel que su marido ocupaba en uno de sus viajes. Él trató de convencerla; le dijo que había sido ocasional y que no significaba nada importante para él, que le perdonase y que no volvería a suceder. El arrepentimiento duró sólo algún tiempo y después volvió a las andadas.

Pero esa noche todo se había precipitado. Ella le había recibido muy excitada, lanzándole a la cara un montón de improperios, llegándole a decir que si no la quería, por qué no se iba de una vez. Él, algo pasado de copas, le espetó a la cara que no podía hacerlo, pero no por falta de ganas sino porque su trabajo estaba ligado a la maldita empresa familiar y toda su clientela dependía de ella. Ejercía como arquitecto en un estudio que el padre de Elena dirigía y donde también trabajaban algunos de los hermanos de ésta.

Esa confesión hizo mucho daño a Elena; le confirmaba que no la quería; que seguía allí sólo por el interés. Esto la desesperó y, refugiándose en el cuarto de baño, lloró amargamente hasta que el sueño y el cansancio la rindieron.

Por eso, esta mañana al despertarse había tomado una drástica decisión. Había dado permiso a la chica del servicio hasta el día siguiente; quería estar sola. Pasó toda la mañana en la cama, parecía relajada, era como si se estuviese preparando para algo decisivo. Por fin, se levantó a media tarde. No había comido nada en todo el día y se dirigió a la cocina. Cogió una botella de Rioja, se preparó una copa, sacó del bolsillo de la bata un frasquito en el que se podía leer "Fenobarbital" y, por medio de un dosificador, vertió primero diez gotas y, antes de guardarlo, como reforzando su decisión, volvió a poner diez gotas más.

- Me dijeron cuando lo compré por Internet que diez gotas bastaban y que su efecto se multiplicaba si lo mezclaba con alcohol- pensó ella. Movi6 la copa para facilitar la emulsión y se quedó mirando fijamente el atractivo color rojizo que la bebida le mostraba. Finalmente tomó la copa y la dirigió a su boca, sus labios apenas se habían humedecido cuando... sonó estrepitosamente el timbre del teléfono. Se sobresaltó tanto que a punto estuvo de derramar el contenido de la copa.

- ¿Dígame?- preguntó mientras depositaba la copa en la encimera de la cocina.

- ¿Eres tú, Elena, cariño? ¡Escúchame! Perdona por lo de anoche. He estado todo el día pensando en ti y no me decidía a llamarte porque me sentía tremendamente culpable y no sabía cómo ibas a reaccionar ¡Perdóname, cielo! Fui un animal y estoy muy arrepentido.

Elena no podía articular palabra. La sorpresa le había desorientado y la emoción había hecho que sus ojos se llenaran de lágrimas.

- Estoy tan mal que no sé qué decirte- pudo al fin decir ella con voz entrecortada.

- No digas nada, mi vida, y escúchame que quiero proponerte algo- continuó diciendo el hombre con un tono decidido y, a la vez, complaciente.

- Vamos a hacer esta noche lo que tantas veces hicimos cuando éramos novios: Quedaremos en uno de los edificios que estamos construyendo y, como entonces, yo te esperaré en uno de los últimos pisos. Tú subirás en el montacargas y, eludiendo al guarda, a quien yo habré dado permiso previamente, nos encontraremos arriba y disfrutaremos del paisaje nocturno y de una romántica intimidad ¿Te acuerdas, cariño, de aquellas noches? ¿Recuerdas lo felices que éramos entonces?

- ¡No sé si podré, Santiago! Estoy tan débil y cansada... Además, tampoco está la chica para que me pueda ayudar.

- Haz un pequeño esfuerzo, por favor. Yo te lo compensaré después. Ya verás, esto va a ser para nosotros el comienzo de una nueva etapa.

Ella sonrió y su alma se alegró al escuchar aquellas palabras, ya que en el fondo ella le amaba y necesitaba creerle para poder seguir viviendo. Él le dictó la dirección a la que debía dirigirse, recomendándole que le sería más cómodo ir en su coche. Luego regresarían los dos juntos porque él iba a dejar el suyo en la oficina.

Elena se vistió despacio. Todavía estaba algo atontada por el efecto de los antidepresivos que había tomado a lo largo del día. Salió de la casa en su coche y, llegando a la dirección indicada, se dirigió al montacargas. El edificio se encontraba en su primera etapa de construcción y no estaban instalados aún los ascensores. Pulsó el botón de bajada, ya que el montacargas se encontraba arriba, seguramente porque su marido lo habría utilizado para subir. Entró en la estrecha cabina y pulsó el interruptor de subida. Eran bastantes pisos y el aparato iba despacio. Por fin, vio a Santiago, que le esperaba junto a la puerta del elevador. Abrió la cabina y le dirigió una leve sonrisa que, inexplicablemente, no fue respondida por su marido... y, justo cuando ella se disponía a dar el paso que la separaba del suelo de la planta, notó inesperadamente cómo la cabina cedía bajo sus pies. Apenas tuvo tiempo de ver la sardónica sonrisa que iluminó la cara de Santiago.

El elevador se precipitó rápidamente al vacío y fue espantoso el ruido que hizo al chocar contra el suelo. Pero el amparo de la noche y la zona apenas transitada hizo que la calma volviese al lugar en apenas unos minutos. El hombre descendió por los peldaños provisionales que hay en toda obra y, comprobando que Elena yacía sin vida entre la chatarra en que se había convertido la cabina, se alejó de allí.

Todo había salido como lo planeó. Él no había estado nunca allí; nunca existió el tal guarda al que dar permiso ya que era la hora de la cena. En cuanto a la presencia de ella allí, en su estado era fácil pensar que hubiese decidido ir al edificio que sabía estaba construyendo la familia para, después, desde los últimos pisos, lanzarse al vacío. El suicidio estaba entre las acciones que sus médicos temían. La intervención del montacargas averiado sólo habría anticipado el desenlace.

Se felicitó al reconocer que todo había acabado bien. La presión que sobre él ejercía su mujer había terminado, ella ya no estaba. Él no sólo recobraba su independencia, sino que ya no tendría que abandonar su trabajo. Al contrario, ahora le compadecerían ¡Pobre viudo!

Santiago anduvo hasta donde había dejado su coche, lo suficientemente alejado para que si se comprobaba su coartada no se le pudiese ubicar en las inmediaciones. Llegó a la casa sabedor de que la chica de servicio no estaría en ella. Pensó en llamar a algún familiar para justificar que, a su llegada, su mujer no se encontraba allí. Se dirigió primero a la cocina. No había cenado nada y las emociones vividas le habían despertado el apetito. Se preparó un bocadillo de jamón y sonrió sorprendido al ver que en la encimera, no sólo había una botella de su vino favorito, sino que ya tenía servida la primera copa y, acercándose a ella, se la bebió de un trago.

Así se hizo...no hay que menospreciar al destino

El relato se escribió originalmente para un concurso de cuentos en Navacerrada cuyos requisitos eran muy simples: temática libre con un mínimo de dos páginas y un máximo de tres.

la princesa está triste

Enrique Romero

María sale del hotel contenta y feliz. Incluso canturrea por lo bajo. Silba a un taxi que pasa y se monta en él. “¡A San Cugat, a los estudios de televisión por favor, digo, sis plau!” Ordena al conductor. Con la frente apoyada en la ventanilla ve pasar las calles de Barcelona, ciudad que no conocía, y se ríe recordando un viejo chiste de Eugenio. “Va uno y diu: “Me gusta jugar al póquer y perder, y el otro pregunta: ¿y ganar?, Collons, ganar tiene que ser la hostia, tú.” Así se siente ella ahora. Por fin después de muchos años sabe lo que es ganar al juego que más le gusta: Escribir. Saca la petaquita de plata y disimuladamente pega un trago de whisky. Lo necesita. Todavía no puede creerse lo que le está ocurriendo. Está aturdida y sin dormir desde la noche anterior cuando solemnemente dijeron su pseudónimo, María Pineda, en la gala de entrega del premio Nadal. Luego entrevistas, llamadas, brindis... Y el cheque, menudo cheque. A sus cuarenta años, y ya barruntándose en el horizonte ese momento en la vida en que el fracaso se hace crónico, quién se lo iba a decir. ¡La cara que habrán puesto los compañeros del taller de narrativa cuando la hayan visto en la tele! Y ahora de gira por las radios y las televisiones, firmar libros, posar para fotos, en fin, la repera.

Andrés siempre se había jactado en el mundillo de la prensa, aunque no era cierto, de haber colaborado con Vinader cuando el lío de las listas del Interviú. Por aquel entonces trabajaba como free lance con el periódico “El Caso” vendiéndoles pequeñas noticias de robos y atracos de poca monta, pero como era joven se sentía un periodista de los del Watergate, soñando con destapar tramas de mafias policiales y cosas así. Se movía con soltura por el barrio chino. Conocía a mucha gente del hampa. Algunos informadores de la pasma le pasaban soplos. Hasta que le pararon los pies. Era la época del caso Nani. Un grupo de polis encapuchados le cazaron en la boca del metro de Urquinaona y le montaron en un Chrysler negro. Al día siguiente unos yonkies le encontraron hecho un ecce homo en las laderas del Tibidabo, pero aún respiraba. Perdió una pierna y ganó algunas cicatrices profundas. La peor en el alma. Luego el tiempo pasó mientras esperaba ingenuamente su big one que nunca llegó. Ahora, con 55 años a sus espaldas y una ostensible cojera, las cosas han cambiado. Con su vieja Nikon y una grabadora busca noticias fáciles para el Diez Minutos. Le da para vivir malamente, pero él se apaña con poco. Como un chucho callejero olisquea por los alrededores de los estudios de televisión la llegada de famosetes a los que robar una imagen y sonsacar alguna declaración.

Un taxi para y sale una mujer exultante. Cree reconocerla como la amante secreta del ex marido de la Leticia, que viene a contarle todo. Cojeando se acerca y micrófono en mano la aborda. Ella, curiosamente solícita, se para a contestar a sus preguntas, la primera de ellas sobre la personalidad oculta de la Princesa. Y, ¡Oh caprichos del destino! Ella contesta deseosa de hablar del libro con el que ha ganado el premio, que precisamente se llama “La Princesa está triste”, y trata de la vida de una imaginaria princesa plebeya en un imaginario país europeo. Así que se enrolla como una persiana hablando del tema. Él, emocionado cree estar ante el gran momento de su carrera periodística. Como falta una hora para la cita en televisión convienen en seguir la entrevista en un bar cercano. Ella accede gustosa pues se muere por un trago. Estando en el bar la llaman al móvil. Se suspende hasta mañana su presencia en la Tele porque el partido de fútbol que precedía a su programa tiene prórroga. Se toman unos whiskitos, luego otros. Ella le cuenta que la princesa es en realidad lesbiana y se lo monta con su cuñada. Él no cabe en sí de gozo. Tras la primera botella ella le suelta toda la novela. Cae la noche. Él se la lleva de turismo por un lluvioso Barcelona la nit. Cruzando la

Diagonal entre risas él resbala con la pintura mojada de un paso de cebra y cae rodando. Su pierna ortopédica sale disparada, abolla la puerta amarilla de un taxi y se aleja deslizándose sobre el asfalto. Los coches se paran. Él con un ataque de risa en el suelo. Ella recoge la pierna y riendo alucinada de la situación le ayuda a levantarse y a trancas y barrancas entran en el hotel, empapados, borrachos como cubas, sujetándose el uno al otro, a la pata coja él y ella con una pierna de plástico bajo el brazo.

Por la mañana él se levanta temprano como buen periodista y le deja una hermosa nota sobre la almohada como buen amante. Luego en su casa escribe un artículo contándolo todo. Se lo manda a un amigo en Londres y por la tarde lo publica un tabloide británico. Gran escándalo en España. Al poco la prensa ata cabos y afirma que el libro premiado con el Nadal cuenta en realidad la vida secreta de la princesa Leticia, lo que lo convierte en un best-seller. Ni planeándolo lo habrían hecho mejor.

El destino que hace y deshace a su antojo, les hizo saltar a la fama, y el dinero con mayúsculas llamó a sus puertas, y de propina, y a pesar de su edad, les regaló la custodia compartida vía puente aéreo de un precioso angelito rubio caído de los cielos, fruto de aquella noche loca en que sus vidas se cruzaron por error y cambiaron para siempre.

Así se hizo...la princesa está triste

Se trataba de cruzar los caminos de dos personajes muy diferentes, y que ese encuentro cambiara sus vidas para siempre. Se me ocurrió cruzar una mujer culta y en un momento de triunfo comenzando su vida de éxitos con un hombre fracasado sin esperanzas de un futuro mejor. La anécdota de la pierna ortopédica disparada por el suelo hasta chocar con un coche es cierta. Yo la viví. El resto es ficción, y el malentendido generador de un final feliz me pareció divertido.

Pequeñas como abejas, color café con leche, voladoras como libélulas sin gracia, asquerosas.

Se posan, sí, como las moscas, sobre todas las cosas. En la cocina sobre todo. Por ejemplo, les encanta el café. Se introducen en mi cafetera por el orificio de servir, nadan, se relajan, se zambullen en el preciado líquido oloroso y me las encuentro, ahí, en la taza del desayuno. Las tiro al desagüe, tiro el café que queda, vuelvo a hacer café y me apresuro a servírmelo ardiendo antes de que reciba inquilinas. Tapo con un paño la cafetera (continente) para esconderla de las cafeteras voladoras (contenido), pero encuentran el pliegue sinuoso, el orificio adecuado, la ranura imprevista para volver a colarse hacia su oscura piscina.

Tesón tienen y resistencia también. Llevo comprados 5 o 6 botes de baygón y similares, polvos de Cucal y aerosoles desinsecticidas. Desaparecen 24h y vuelven más enérgicas que antes. Son cálidas y sedosas sobre lo que queda al descubierto de mi piel en la cama, es decir el rostro. Exploraran mi mejilla hasta mis párpados, mis labios aterrados. Penetran por los orificios nasales, acarician las pestañas, la nariz, las orejas, las manos, cualquier cosa que les huela a premuerto. Y como el asco profundo que me inspiran debe provocar una expulsión salvaje de feromonas, piensan ¿piensan?, que estoy pre-descompuesta ya. Me adoran. No levanto un plato que no las encuentre haciendo tertulia cerca de la comida. Ayer hallaron la manera de introducirse en la tartera de la tortilla. Nunca había visto una tortilla tan poblada, ni siquiera con las hormigas en las salidas campestres. Las cucarachas tienen más alcance. Lo alcanzan todo. Su lugar predilecto para esconderse son las juntas de las puertas y ventanas. Últimamente lo intentan también en los pliegues de las gomas del frigorífico. ¡Aterrorador! Me las encontraré congeladas, fosilizadas cualquier día pero con capacidad de resurrección.

No me gusta su compañía invasora, sin clase ni respeto por el espacio ajeno, así que he llamado a la agencia inmobiliaria para que envíen el servicio de desinsectización-desinfección-descucarachización, etc,etc... Resultado: me tengo que marchar de mi casa durante unos días si no quiero sucumbir con ellas. Pero ellas ¿sucumbirán?

Así se hizo...las cucarachas

Cuando llegué a FEZ en el otoño del 97 y empecé a buscar casa, comprendí que las cucarachas formaban parte del panorama fasí. Aunque fuesen casas bien construidas, en las cocinas descubría siempre manadas de CUKAS pululando por los resquicios. Decidí instalarme en una casa a estrenar (con los problemas de “inacabados” que suponía) para sentirme protegida de tal compañía y me olvidé del tema hasta que me trasladaron a Rabat en el 2000.

Lejos de mi familia, el e-mail constituía un lazo diario de comunicación con mis hijos y nietos. No podía mimar a los pequeños pero sí escribirles cuentos y cualquier tema exótico del país me servía de arranque para contarles una historia.

En la primavera del 2001 llegó la invasión a mi piso de Rabat. El relato parte de una experiencia real, pero en vez de seguir con el recuerdo del asco profundo que me inspiró el suceso, decidí escribir un correo a mi nieto (7 años entonces). Las CUKAS rabatíes eran más pequeñas y ligeras que las de aquí, color canela, con alas transparentes y VOLABAN. Le pedí al pequeño que viniese a salvarme de las invasoras. Ese e-mail se transformó en relato.

No queda otro camino para salir
Que el tomado por el sol.
Seguiré su senda
Hasta el fin de mis días.

Estas fueron sus últimas palabras antes de partir hacia el sol eterno. Jamás volvió a ver la noche.

Sin equipaje. Salió pronto esa mañana con el gesto de aquel que lo ha perdido todo. Cerró la puerta de un tirón, no echó la llave. Nada de lo que amaba se encontraba entre esas paredes.

Por un momento, mientras escribía la nota, pensó en lo que dejaba atrás. Pero solo fue un instante, un recuerdo lejano en su última noche.

Ya de camino hacía ninguna parte. Miraba con los ojos vacíos hacía el norte. No había rumbo de vuelta. La noche había acabado para siempre en su vida

Así se hizo...la senda del sol

La historia se me ocurrió en clase, hace ya un tiempo. Estaba aburrido y me puse a escribir. La motivación que me llevó a plantear un personaje que buscara lo imposible, sigue presente. Era un momento duro en mi vida, y buscaba un cambio radical, un poco de esperanza. Por ello me propuse un personaje apto para el suicidio, pero que a pesar de ello, tenía motivaciones para seguir viviendo. Pensé en como podía alguien vivir siempre de día, con total ausencia de luna y de noche. Plantee que fuera un viajero que fuera del polo norte al polo sur. Pero me surgió el problema de contar cosas que no quería contar. Por que me parecían aburridas y sobre todo por que flojeaban con el tono que quería darle. También pensé en la locura como argumento, pero a mi entender se quedaba cojo, y sobretodo no expresaba la idea fundamental que tenía en la mente: Intentar dar el salto a lo imposible con la esperanza de que el cambio traiga una nueva vida. Una nueva forma de estar en el mundo que nada o muy poco tiene que ver con lo socialmente aprendido. De ahí que lo deje así, confiando en que la gente lo entendería.

Descuidó su compostura y su atrevimiento le salió caro.

- Salga a la pizarra, Sr. Alvár, deje de hacerse el gracioso y calcule la hipotenusa del ejemplo que acabamos de poner.

Y a Dios gracias que el maestro no fijara su atención en el gesto ofensivo que le hacían a su compañero José María Fäil, todo por mariquita.

No es que a Pedro le importara realmente la condición sexual de su amigo, pero estaba en juego su fama de machote distinguido.

Pedro salió a la pizarra, las matemáticas nunca fueron lo suyo, él siempre había sido un hombre de letras.

Desde el fondo de la clase, su compañero, en lugar de enojarse por sus palabras, le ayudó con señas a resolver el problema.

En aquellos tiempos de 1968 todo cuanto se saliera de la normalidad impuesta, estaba mal visto. Sin embargo, a Pedro le constaba que su amigo no era un mariquita o una de esas drack queen's de hoy, a las que les gusta exhibir sus atributos, en fiestas populares y pubs de alterne. Si su amigo José María hubiera vivido en los tiempos de hoy, habría obtenido no uno, sino todos los premios de estudio a los que hubiera optado porque realmente era un ser genial. Por desgracia en su tiempo no se premiaba la excelencia, sino el conjunto, quien todo lo tenía todo lo recibía. Era improbable que un chaval de familia humilde, clase media y sexualidad indefinida, pudiera ser objeto de tan gran honor, aunque lo tuviera sobradamente merecido.

Pedro acudía a la universidad. Caminaba desde su despacho de abogados con paso firme. Su hijo había acabado la carrera de arquitectura con cum laude en álgebra, lo que le otorgaba la posibilidad de obtener una beca de trabajo en el extranjero. Tenía cita con la catedrática para recoger los impresos.

Decían de ella que debía de ser alemana por su fornido cuerpo, su excesiva estatura y porque en España no era corriente encontrar una mujer de su edad que hubiera llegado tan lejos. Era sencilla y discreta, apasionada en su saber transmitía su amor por las ciencias álgebras, haciendo de esa penosa asignatura un divertido juego de niños. Su indiscutible superioridad no estaba enclavada en el egocentrismo de quien alcanza ser "sabio y mujer, en nuestro tiempo", sino mas bien en la humildad de su conocimiento, que reconocía en el prójimo la capacidad innata de llegar a ser tan sabio o más que ella.

Pedro se detuvo frente a la puerta del despacho, "catedrática, María Fäil", hermosa coincidencia, pensó. Entró sin llamar, la reconoció nada más verla. Parecía tener más o menos su edad, tenía abundante pelo cano, no como él que casi ya estaba calvo. Permanecía vuelta de espaldas sentada al teléfono, sobresalía su recio cuerpo de su elegante sillón.

-Adelante, siéntese - le rogó.

La doctora colgó el teléfono, levantó la cabeza y le tendió la mano en señal de saludo.

Fue entonces cuando Pedro acertó a ver aquellos inconfundibles ojos verdes llenos de ternura, que le reconocían desde el otro lado de la mesa. La doctora se levantó para ofrecerle los impresos que debía rellenar.

Fue solo un segundo.

Un segundo en el que Pedro pasó del desconcierto al deseo de conocer más sobre la vida de su amigo.

Un segundo en el que Pedro deseó expresar la evidente identidad de María Fäil, de elogiar su trabajo, de pedirle perdón por dejarse llevar por el sentir de aquel tiempo injusto en el que les tocó vivir.

Un segundo en el que Pedro deseo abrazarla, en parte por encontrarse con el amigo que dejó, en parte por compensar todo el cariño que en la crueldad de la infancia le había negado.

Fue solo un silencioso segundo.

Maria Fäil volvió su semblante hacia el de su viejo amigo. Sus ojos volvieron a encontrarse. La doctora esbozó una agradable sonrisa, mientras le tendía los impresos de la beca de su hijo.

Fue solamente un segundo en el que el silencio habló lo que las palabras callaron.

-Aquí los tiene, ¡enhorabuena!

Así se hizo...viejos amigos

Este relato es un ejercicio del taller de escritura creativa. El trabajo consistía en escribir 3 características de un personaje. Cada miembro del grupo entregó dos personajes y retiró otros dos. Teníamos que hacer, con estos dos personajes desconocidos, un relato en el que las historias entre ambos se cruzaran.

La idea de poner mis dos personajes como viejos amigos surgió de la experiencia del reencuentro con una compañera del colegio que me sorprendió gratamente, por lo mucho que la vida le había cambiado y el éxito que goza en el ejercicio de su profesión.

Andraitz recorrió todo la casa con nerviosismo, aún era muy pequeño para saber si mañana o dentro de cuatro o cinco días era su cumpleaños pero sabía que no podía quedar mucho, sus padres le hacían que señalara con sus manos cuantos años iba a cumplir más a menudo que de costumbre ante las visitas y claro, uno no es tonto. El padre de Andraitz llevaba semanas intentando buscar un regalo que pudiera gustarle al pequeño y pareciera lo bastante didáctico como para poder decir a sus amigos que ellos también eran muy modernos, que le habían puesto discos de Mozart durante el embarazo y que no había juego que no tuviera su parte educativa. Por fin creyó haber visto la solución a todos sus problemas en una vieja tienda de objetos de segunda mano del rastro. Curioseando en ella sin ningún interés fijo encontró un puzzle de 250 piezas enormes con un paisaje suizo de casa blancas, cielo sin estrenar y montañas calvadas de nieve. Al padre de Andraitz le acabó de convencer que el precio también fuera bastante educativo. Una vez llegó a casa se propuso comprobar que el rompecabezas estuviera completo porque ya se sabe como son estas tiendas de segunda mano y, sin ayuda de nadie, empezó a contar las piezas. En plena tarea le sorprendió que su mujer y Andraitz entraran en casa de modo que recogió todo lo más rápido que pudo y metió la caja en un estante alta del armario de su habitación con tal mala suerte que, sin darse cuenta, algunas fichas cayeron al suelo. Andraitz recorrió de nuevo toda la casa a grito pelado como era su costumbre mientras buscaba que podrían regalarle ese año. Su padre salió de la habitación para saludar a su mujer y Andraitz aprovechó para entrar en el cuarto de sus padres donde encontró tres piezas del puzzle, tres, azules cielo. Andraitz las guardó en su bolsillo

Guao, se han caído tres cachos de cielo y son míos.

Los padres, mientras seguían hablando en la cocina, el padre le comentó el regalo que le tenía preparado para mañana al pequeño y a la madre le pareció muy bien. Andraitz se acercó a la cocina con la sonrisa de no haber hecho nada malo y se abrazó a la pierna de su madre

Tengo hambre, ¿es de noche, de día?, vamos a cenar o comer

La madre le separo un poco de su pierna y le dijo que en breve estaría todo preparado y que, como hacía bueno, hoy cenarían en la terraza, que podían esperar fuera ya si querían, que en un momento iba ella. Andraitz y su padre se sentaron en la terraza y vieron como iba anocheciendo y el cielo se manchaba de estrellas

Mira, Andraitz, ¿ves esos puntitos?, ¿sabes lo que son?

Claro que sí, desconchones

Andraitz se rió mientras se llevaba la mano al bolsillo

El padre le miró, luego miró al cielo y comprendió que el regalo le había salido muy barato...y que el resto del puzzle había que tirarlo cuanto antes.

Así se hizo...puzzles

Siempre me han fascinado los puzzles aunque apenas he jugado con ellos, de hecho, creo que sólo he hecho un rompecabezas en mi vida y cuando lo acabamos, mi hermano y yo numeramos las piezas por si teníamos que volver a hacerlo. Creo que lo que más me gusta de ellos es la idea de un montón de piezas que deberían acabar formando una imagen, las distintas formas que tienen, que sólo haya una forma de combinarlas..., todas esas premisas juntas me parecen una idea muy sugerente.

Este relato parte del ejercicio que nos propusimos de escribir un cuento infantil lo cual me parece bastante difícil ya que veo incapaz de ponerme en el lugar de un niño y saber que me gustaría leer. Por eso yo veo este relato como un cuento normal con un poquillo más de inocencia y fantasía (que son adjetivos que siempre solemos dar a la niñez) que la realidad que nos rodea pero no destinado como tal a un niño.

El cuento parte de la imagen de unas piezas de puzzle sueltas y la pregunta de si tienen valor por sí mismas. A partir de ahí intente escribí todo sin tener pensado a priori por donde iba a tirar o cual iba a ser el final y se nota...sobretudo cuando lo he releído, de hecho me he dado cuenta de que Andraitz recorre la casa dos veces, ¡la primera incluso antes de entrar con su madre! En principio el niño iba a usar las piezas del puzzle a su antojo sin fijarse en el paisaje que tenía que completar de modo que conseguía (a base de forzar y golpear las piezas, claro) unas imágenes extrañas ante el asombro de sus padres. Pero una vez planteada esta historia no sabía por donde continuarla así que empecé de nuevo haciendo que el niño sólo tuviera unas pocas piezas del rompecabezas y a partir de ahí salió todo sólo aunque, como me pasa siempre, acababa la historia demasiado rápido y necesitaba de algo que le diera un poco de lentitud. Es ahí donde aparece el padre buscando el regalo y la descripción que hago de él no demasiado favorecedora, incluso como si el narrador tuviera una especial tiña al padre ya que del resto de personajes, tanto de la mujer como del niño, no se hace ningún comentario hacia su personalidad.

Lo que más me ha costado (y sinceramente, no he conseguido) ha sido ponerle un título al relato, normalmente suelo pensarlos en el momento de pensar la estructura o mientras los escribo pero de esta vez no hubo forma y por no dejarlo sin nombre he tirado por lo más simple pero que conste que a mi tampoco me gusta ese título.

¡Ah!, y hay al menos una palabra en el relato que no existe en el diccionario de la real academia. Si ha conseguido pasar disimulada sin saltar a la vista lo considerare todo un éxito.

Aurora había visto de todo. Llevaba muchos años en la calle Carretas, desde que era joven y guapa. Los hombres la miraban andar con elegancia mientras contoneaba sus caderas, llevando su pequeño bolso rojo con desdén. En el bar de enfrente la apodaron “Joyita”, porque sus servicios no eran precisamente baratos. Era rubia, de formas generosas y labios ardientes. Solía vestir un traje verde que se ceñía a su cuerpo y unos zapatos rojos que hacían juego con el bolso. El verde continuaba en sus ojos que miraban desde arriba a todo el que se le acercaba.

No tenía muchas amigas, ya que cuando llegaba las demás no trabajaban. Además, su carácter fuerte y arrogante le hacía difícil mantener las amistades. Muchos se enamoraron de ella pero ninguno la conquistó. Estaba tan orgullosa de su belleza que se creía invulnerable. Pero el tiempo la desgastó, al igual que los hombres, el alcohol y los inviernos de Madrid. El carácter altivo se tornó agrio, el sedoso cabello se convirtió en estropajo ceniciento y sus andares sensuales en equilibristas sobre tacones.

Ella soñaba con trabajar unos años y ser retirada por un príncipe azul, pero el único hombre vestido de azul que tomo su mano fue un policía que redada tras redada le llevaba a comisaría.

Y así pasaba sus días, entre salidos de poca monta y mujeres de mal vivir. Un día un viejo se le acercó y le preguntó dónde podría encontrar una farmacia abierta. Lo miró de arriba abajo y, con un gesto de asco que ya era parte de su ser, señaló hacia atrás. El hombre se dirigió con paso rápido y Aurora le siguió con la mirada.

Ella siguió deambulando, tan perdida como estaba en la calle que había pateado un millón de veces. De repente oyó unos gritos, venían de la farmacia. Todas las chicas volvieron su atención a la puerta, donde se veía un agitar de brazos y una cabeza que asomaba. Vio al anciano que le acababa de preguntar caer estrepitosamente. A continuación salieron un par de chicos a toda velocidad.

Todos entendieron lo que había sucedido, otro atraco. Aurora se acercó con sigilo y vio que el hombre sangraba por la cabeza. Una de las chicas de la farmacia gritaba llorando que lo habían matado. La vieja prostituta la tranquilizó con una frase cortante y le pidió unas gasas. La chica volvió con los ojos llenos de lágrimas: “¡Ay pobre, encima que tiene Alzheimer! Al perro flaco todo son pulgas”.

Aurora cogió una de las gasas y le limpió la sangre que le salía de la frente. No era nada, solo una pequeña brecha. “Hay que ver como sois, lo que pasa es que la sangre es muy escandalosa. Abuelo, ¿sabe dónde está?”- el pobre viejo entornó los ojos y la miró, pero no la vio. Tenía la mirada perdida. El imperturbable gesto de asco de ella se volvió compasión ante aquel perrillo desvalido. “Si es que tenía que haber sido enfermera”- dijo para sí.

Al cabo de un rato se oyeron sirenas, ya estaban los de siempre. “Buenos días señora, ¿me permite su documentación?”-dijo un policía de veintipocos con cara de matón. “Perdóneme usted pero soy señorita, Aurora, un placer”- respondió ella. El policía la escudriñó bajo su gorra y repitió su petición, a lo que ella le dijo: “Mire señor policía, este hombre está herido y no le pienso dejar aquí tirado para enseñarle el carné”.

El chico se paró en seco, reflexionó un par de segundos y le dijo-“¿Es usted familiar?”. “Soy su novia”- mintió Aurora. Se sentía culpable de haber mandado a aquel viejo desmemoriado a una farmacia que atracan dos días de cada tres.

Cuando llegó la ambulancia subieron la camilla con don Xavi, que así se llamaba el anciano. Vino de Barcelona en su juventud a trabajar unos meses y se quedó toda la vida al enamorarse de una aprendiz de boticaria.

Al fin salieron de urgencias y le hicieron rellenar varios papeles. Allí estaba, a la puerta de un hospital cogiendo el brazo al pobre viejo desamparado. Llamó un taxi y lo llevó a su casa. En el trayecto el no hacía más que besarle el dorso de la mano y mirarla con ojos melosos, la decía “mi boticaria”.

Ella rápidamente advirtió al taxista de que no era su marido, sino sólo un viejo con Alzheimer, a lo que el taxista respondió: “Pues bendito Alzheimer, ya me gustaría tener esa cara de felicidad a sus años”.

Por fin llegaron al pequeño piso de Aurora. Le ayudó a subir y lo acostó en su cama. Ella se quedó mirándole, luego se acostó a su lado y le abrazó. Repasó su vida, cuando era joven y hermosa y los años siguientes cuando ya no lo era y se lamentaba.

Se sentía muy a gusto, con toda esta historia había olvidado que era puta. Sonrió y decidió que también tendría Alzheimer.

Así se hizo...aurora

La verdad es que la idea original de este relato partía de un asesinato en pleno centro de Madrid al amparo de música clásica callejera. Pero una vez más las prisas me pillaron, el relato no avanzaba y en mi puesto de trabajo me vino la inspiración. Lo escribí del tirón y no corregí nada, era como si estuviese poseído. Fue el segundo relato que escribí en el taller y lo acabé justo a tiempo para leerlo (con carrera del metro al taller incluida). El personaje de Aurora lo tomé prestado de una revisora de parquímetros con una imagen personal algo descuidada. Le tengo cariño al cuento porque, a mi modo de ver, deja a la vista la esencia del ser humano sin artificios pasajeros, sin juventud ni memoria.

Delia, como cada día, extendía la mercancía en su tenderete, ponía prendas en perchas que colgaba aquí y allí donde el espacio se lo permitiese. Dos puestos más allá, Kameni el camerunés vendía bolsos y demás artículos elaborados en piel. Ambos coincidían en casi todos los mercadillos de la comunidad: Martes y sábados en Majadahonda; viernes en Villalba; los jueves en Navacerrada, y así toda la semana. Se acostumbraron a verse pero apenas sí habían cruzado un par de palabras. Cuando iba llegando la hora de cerrar, cada uno se afanaba por recoger su mercancía y casi siempre era Kameni quien veía cómo Delia, después de desmontar el puesto, y cargando hasta los topes su pasado de moda Clio azul metalizado, emprendía la retirada hasta la próxima ocasión.

Uno de esos días en que la torrencial lluvia comenzó a anegar los diferentes puestos -los que eran grandes y estaban preparados para tales contingencias no tenían problemas, como era el caso del camerunés pero el de Delia ya comenzaba a inundarse y amenazaba con emparar todas las prendas en él expuestas- Kameni no lo pensó mucho y se precipitó en ayuda de su vecina de stand, trasladando entre ambos todo lo que contenía el pequeño puesto de la chica.

Una vez terminada la urgente tarea, ambos se refugiaron en uno de los bares en los que solían desayunar y allí, al resguardo de la lluvia y movida por un sincero agradecimiento, nuestra protagonista sintió la necesidad de sincerarse con su benefactor.

Era de Pamplona, de un hogar burgués donde le habían hecho estudiar una carrera que no quería, trabajar en algo que no le gustaba y hasta pretendían que se casase con alguien al que no quería. Bueno, esto último no era del todo cierto; ella sí quería a Santiago, lo que no le gustaba era la forma de vida que debería llevar si se casaba con él. Había estudiado Dirección y Administración de Empresas y, al terminar, ocupó un puesto directivo en uno de los negocios familiares. Todo esto no era en absoluto su opción vital, no aceptaba la vida encorsetada y previsible de una capital de provincia con unas normas muy marcadas y algo retrógradas. Por eso, un día habló con una persona allegada a la familia, a la que comunicó su decisión de irse de casa y a la que encomendó la tarea de decírselo a sus padres, aconsejándoles que no intentaran buscarla y le dejaran labrarse su propio camino.

En lo referente a su novio, le escribió una carta en la que, además de pedirle perdón y reiterarle su amor, le exponía la dificultad que tenía para amoldar su vida a la de él, dejando claro que podía disponer libremente en lo relativo a su compromiso, a la vez que le rogaba que respetase su decisión. Ella, por mediación de ese amigo, les iba teniendo más o menos informados de sus actividades.

Kameni la miraba a la vez admirado y con cierto sentimiento de protección hacia ella.

Al haber hecho mucha amistad -prosiguió la joven- con una compañera de carrera que vivía en Madrid, se dirigió a ella pidiéndole ayuda para emprender su nueva andadura. Se ocupaba de la dirección financiera de una cadena de tiendas de ropa de mujer. Le ofreció primero su casa y, después, un trabajo que consistía en vender los excedentes de temporadas anteriores de las boutiques que ella gestionaba.

El semblante de Delia denotaba una placidez inusual, una tranquilidad y una armonía que hasta a ella le estaba sorprendiendo. Estaba a gusto con la situación; era como si

necesitara contarle a alguien por todo lo que había pasado. Su amigo la escuchaba y, con su actitud, le iba animando a continuar con sus confidencias.

Se fue a vivir con su amiga sólo durante el tiempo que tardó en decidir su forma de comercializar los productos que su amiga le ofreció: Sería por medio de la venta ambulante. Sacó los permisos necesarios, se hizo con el coche que pudo pagar y alquiló un modesto apartamento. Los ahorros con los que contaba no daban para más. De esto hacía dos años y las cosas desde entonces le habían ido bien: Tenía casi una clientela fija y, como no le asustaba el trabajo y era muy tenaz, todo había acabado por acoplarse adecuadamente.

Acabado su relato se sintió bien. Era como si se hubiera desprendido de algo que tenía dentro y que pugnaba por salir. Kameni le devolvió con su sonrisa una muestra de aceptación y se disculpó diciendo que su vida, su historia, se la contaría en otra ocasión. Ella reaccionó enseguida y, tocando delicadamente su brazo, le animó a que correspondiese a sus confidencias con las suyas.

Él minimizó su narración diciéndole que había llegado de su país tras ser reclamado por un compatriota que le ofrecería, debido a la amistad que les unía, ser el encargado, junto a otro empleado, de el puesto que ella ya conocía. Llevaba cuatro años en España y había rodado por casi todas las autonomías, hasta que decidió quedarse en Madrid.

La lluvia había cesado y aún les quedaban un par de horas para intentar arreglar las ganancias del día. Ambos se pusieron manos a la obra y, pasado un corto espacio de tiempo, se encontraban ya a cargo de sus respectivos negocios.

A partir de entonces se estableció entre ellos una relación muy especial: Él la ayudaba casi siempre a montar el puesto y ella, si terminaba de recoger y amontonar sus cosas en su viejo coche antes que él, le echaba una mano metiendo en sus cajas todos y cada uno de los monederos que se apilaban en el puesto. Después comían juntos en alguno de los restaurantes de la zona mientras hacían planes para el día siguiente.

Pero algo amenazaba con romper esta estabilidad. Santiago, el antiguo novio de Delia, que era médico especialista en cardiología, había venido a un congreso de su especialidad a la Clínica Puerta de Hierro de Majadahonda. Al terminar una de las sesiones quiso darse una vuelta por el pueblo junto a un compañero. Era martes y, como cada martes, el mercadillo estaba instalado cerca del centro. Después de tomar unas cañas, ambos decidieron dar una vuelta por el abigarrado conjunto de puestos.

A Santiago, que en ese momento pasaba justo por allí, de haberlo sabido, le habría interesado mucho la conversación que a continuación tuvo lugar.

- Oye Kameni, estoy buscando el puesto de Delia y no está donde siempre ¿Sabes si ha venido hoy?

- No, no ha venido. Me llamó anoche y me dijo que se encontraba mal, que creía que tenía hasta fiebre.

- Es que le tengo encargada una chaquetita vaquera y quedó en que me la traería hoy.

- No se preocupe, mujer, que el sábado sin falta la tiene aquí.

El médico y su acompañante, ajenos a todo, fueron alejándose del puesto del camerunés, mientras el recinto bullía de un escandaloso ir y venir de gente.

Así se hizo...elegir un camino

En el club donde nos reunimos para leer nuestros relatos se puso como ejercicio el comenzar un relato y, al llegar al meollo, dejar que otro compañero lo termine por nosotros.

Yo llevé el mío al clímax y Ana lo terminó. Luego, yo escribí mi propio final, que es el que expongo aquí.



Dejemos volar la fantasía

club de escritores de relato breve

Biblioteca Pública Rafael Alberti
c/ Sangenjo, 38, 28034 Madrid Tfno. 91 731 95 52

contacto

relatopia@yahoo.es

web

www.relatopia.com